

“QUIERO VOLAR”

ALEXANDRA DEEP

Teodoro pasó ocho años en aquella residencia. Yo siempre le acompañé. Se sentaba a diario en el sofá de terciopelo verde mirando hacia la ventana, le fascinaba observar el cielo. Siempre sonreía. Le gustaba el viento, eso me contó poco después de conocernos. “El viento es tan fuerte que es capaz de llevarse con él todo lo malo, te libera, te quita kilos de encima y te ayuda a volar”. Y para él volar no era algo utópico. Me dijo que siempre le había encantado hacer parapente. Argumentaba que así conseguía planear y que, al *surcar los cielos* y sentir fuertemente el viento, notaba cómo todo lo dañino se iba; que quería *navegar* contra la fuerte brisa para que el Alzheimer también desapareciera. Y cuando decía todo esto me miraba y sonreía. “Algún día volveré a volar y nos tendremos que despedir”, decía.

Me sentaba a su lado y él me hablaba de lo maravilloso que era vivir, y lo poco que los seres humanos valoran su vida. Porque, según él, pasan la mayor parte del tiempo buscando la felicidad, cuando esta radica en el propio hecho de vivir. También solía repetirme que las personas siempre quieren más y más, cuando en realidad ya lo tienen todo, porque lo primordial es tenerse a uno mismo. Por eso él ansiaba volar, “porque allí arriba no necesitas nada, solo te necesitas a ti mismo y toda la carga desaparece, todo el peso se va”.

De él aprendí mucho. Los primeros cuatro años Teodoro me narraba todo, sin que apenas se lo tuviera que pedir. Me fue regalando todas sus experiencias y yo las aceptaba con gusto. Además, cada vez me fue prestando más atención, desatendiendo todo lo demás. Me convertí en una especie de confidente, en una parte de él. A su familia nunca le caí bien, hablaban mal de mí y no soportaban que fuera la compañía de Teodoro. Pero a mí me daba igual, solo quería seguir a su lado y quedarme con todo aquello que él me daba.

Muchas veces, y hasta que prácticamente dejó de pronunciar palabra, me hablaba de su mujer. Marta había fallecido de forma inesperada unos años atrás. Me contó cómo la conoció. Decía que aquel día cambió su vida, que antes de descubrir la profundidad de sus ojos no creía que existiera el amor, que desde que habló con ella sabía que iban a compartir su vida. “La conocí en uno de mis viajes, yo rotaba por el mundo sin saber que, en algún lugar, ella

me estaba esperando. Olía a rosas frescas y desprendía bondad. Cuando nos encontramos, en una pequeña playa gallega, no dudé ni un momento en acercarme y hablar con ella. Fue como si nos conociéramos de antes, como si estuviéramos predestinados”. También me relató el día de su boda y cómo construyeron los cimientos de su vida conjunta. No tardaron en tener dos hijos, a los que siempre dieron todo su amor y a los que enseñaron todo lo que sabían sobre la vida y el mundo. Recordaba la infancia de sus hijos como un regalo para él, su familia era lo más importante. Sus hijos se casaron de jóvenes y pronto llegaron los nietos para Marta y Teodoro. “Desde que nacieron nuestros nietos fueron el reflejo de la felicidad”. Y cuando me hablaba de Marta siempre repetía que “aunque ella ya no estuviera en vida, siempre estaba en recuerdo”.

Su familia le visitaba a menudo los primeros años. Sonreían al verle y él también. Sus nietos siempre tenían abrazos para darle. Teodoro les seguía contando sus historias y sentimientos, a pesar de sus despistes. Pero, mientras yo conocía más aspectos de todos ellos, Teodoro dejaba de comprender que aquellos eran *los suyos*. Por ello, poco a poco, las visitas eran más reducidas y la expresión de alegría de las caras visitantes se fue transformando, hasta ser rostros impasibles o tristes. Decían que Teodoro ya no exteriorizaba cariño hacia ellos, que no sabían si él estaba triste o contento. “Esa dichosa enfermedad se ha llevado a nuestro Teodoro”, decían. “Es como si hubiera vuelto a ser un niño”, afirmaban mientras observaban cómo las enfermeras le daban de comer y tenían que ayudarle a asearse. Le hablaban continuamente con la esperanza de que volviera a contar sus historias y experiencias, pero él solo repetía una y otra vez “quiero volar”. Era lo único que, pasados seis años, manifestaba. Ellos no lo entendían, pero yo sí. Le respondían diciendo que es imposible volar, pero Teodoro volvía a repetir “quiero volar”.

Para mí esos ocho años pasaron muy rápido. Le llegué a coger tanto cariño que no me separaba de él, ni si quiera al final. Cuando apenas se movía, cuando ya no hablaba, cuando no podían levantarlo de la cama. Yo ahí permanecía, observándole, arrastrando hacia mí lo que quedaba del Teodoro que había sido.

Aquel día murió en silencio. Su familia estaba presente, y yo también. Intentaban no mostrar tristeza, porque sabían que Teodoro estaba en paz. Querían pensar que seguía siendo la persona alegre, fuerte y luchadora que siempre había sido. Y, de hecho, no se equivocaban. Teodoro nunca dejó de ser feliz.

No pude evitar sostener mis lágrimas. Sin embargo, él sonreía. “Hoy, por fin, volveré a volar”, dijo con dificultad. Cerró lentamente sus ojos y, así, voló. Y, al volar, todo lo malo también se fue. Yo, el Alzheimer, también desaparecí. Me esfumé, como las hojas de los árboles en otoño, que se desplazan con el viento. Me fui, pero dejé el eco de su historia en todos aquellos que le conocieron.